

Sustancias

Belén Ticona

El ritmo de sus pisadas era más rápido que el del latido del corazón del más minúsculo roedor. Tiró la puerta abajo y le gritó exasperado que se escondiera en los cajones de la cocina. Primero, vació la oxidada heladera que ya ni funcionaba. Nada. Luego, todas las cajas de cartón y los carcomidos cajones de madera. Por el piso, incontables cajas de cigarrillos, peluches chicos, envases de desodorantes, bolsas herméticas y mini paquetes tirados. Nada. No estaba por ningún lado. El tiempo se le acababa y sabía muy bien que los errores no eran perdonados más de una vez. Desesperado, fue a la cocina y la miró a los ojos. En ese momento ella no supo distinguir si lo que le caían por la cara eran gotas de sudor o lágrimas, pero sí supo que esa mirada le quedaría grabada de por vida, como una quemadura de fuego.

La autopista brillaba como lo hace una reacción de aluminotermia, gente de un mundo tan ajeno al de la profundidad de aquellos barrios.

Amenazas, gritos y golpes. ¿Acaso su destino ya estaba escrito desde hace tiempo?

Asustada, sabiendo lo que vendría, salió de allí y prefirió mirar las estrellas desde el balcón mientras aguardaba el fin de este cruel mundo. Cerró los ojos y dejó que sus glándulas inunden sus mejillas con esas secreciones. El ruido del gatillo hizo que sujetara del susto una pequeña bolsita que guardaba en el bolsillo. Y allí seguía, aguardando. Aunque jamás oyó el ruido.

Al día siguiente se dio cuenta de que nadie vendría por ella, así como nadie vino por ellos cuando se quedaron huérfanos. Abandonados. Sin nadie que les marque un camino para salir de este adictivo laberinto tedioso, en el que una vez adentro no hay más escapatoria que la muerte, que la sangre, que la droga, que el olvido.

Dispuesta a perderse en el laberinto, salió rumbo al mismo destino de su hermano cuyo camino conocía muy bien. Bajando las escaleras, la vida la topó con alguien que con unos simples frascos de vidrio y polvos coloridos, hizo bellos trucos de magia que la cautivaron. Fue esa persona, fue esa simple persona que con no más que un trozo de vidrio y unos malditos reactivos despertó en mí lo que cualquier chico tiene adentro, curiosidad. Mis ganas, mis deseos de salir de allí, de no padecer el mismo destino, mis gritos de silencio... por fin eran escuchados. Me demostró que no se necesita mucho para cambiar el rumbo de una vida. Una sola persona con una pequeña acción puede ser tu salvadora, tu guía, aquella que te muestra una alternativa.

Conservé aquella bolsita de mi bolsillo, que había tomado por curiosidad, porque su contenido me hacía acordar a esos polvos mágicos. Era distinta a las que había visto hasta entonces. Años más tarde la encontraría entre mis cosas viejas, aguardando una respuesta...ojalá jamás la hubiera encontrado porque ya es demasiado tarde para regresarla a la heladera.